

# José Antonio Jiménez Salas o el valor de los grandes maestros (1916-2000)

José-Carlos Pacheco. Relaciones Externas y Actividades Comerciales, CEDEX, Madrid, España.  
Jose.C.Pacheco@cedex.es

*Si he visto más lejos que otros, ha sido porque he subido a hombros de gigantes*

(Isaac Newton, 1643-1727)

## 1. Vida y destino

Como toda experiencia vital, la vida de José Antonio Jiménez Salas es una conjunción de la conocida tríada descrita por Ortega y Gasset, esto es, carácter y vocación, circunstancia histórica y azar. En su trabajo sobre Velázquez, Ortega recomendaba a todo biógrafo que prestara atención a estas tres variables que podrían, según él, dar las claves para entender la trayectoria de la singular e irreplicable vida de todo hombre,

*Nuestra vocación choca con las circunstancias, que en parte favorecen y en parte la dificultan. Vocación y circunstancia son, pues, dos magnitudes dadas que podemos definir con precisión y claramente entenderlas, una frente a otra, en el sistema dinámico que forman. Pero en este sistema inteligible interviene un factor irracional: el azar. De esta manera podemos reducir los componentes de toda vida humana a tres grandes factores: vocación, circunstancia y azar. Escribir la biografía de un hombre es acertar a poner en ecuación esos tres valores.*

Persona de gran inteligencia y preparación, Jiménez Salas tuvo también el privilegio de vivir algunos de los capítulos más señalados de la historia reciente de nuestro país y del mundo contemporáneo. Su vida atraviesa así casi todo el siglo XX, ese "corto siglo XX", en expresión del historiador británico Eric Hobsbawm, que empieza en 1914 con la I Guerra Mundial y termina en 1991 con la disolución de la URSS, tras la caída del Muro de Berlín en 1989. Entre ambas fechas discurre buena parte de la vida de Jiménez Salas, que se va entreverando, siguiendo una secuencia cronológica de hechos, con el impacto provocado en España como consecuencia de la I Guerra Mundial (1914-1918); la crisis final del sistema de Cánovas y quiebra de la monarquía (1917-1923); la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930); la II República (1931-1936); la Guerra Civil Española (1936-1939) como preludeo de la II Guerra Mundial (1939-1945); la larga dictadura franquista (1939-1975) y, dentro de ésta, la decisiva década de los sesenta; y, finalmente, el restablecimiento de la democracia a partir de 1975 que terminaría desembocando en la refundación de España como nación.

Jiménez Salas nace en Zaragoza el 10 de marzo de 1916 y fallece en Madrid el 15 de noviembre de 2000.

De orígenes sociales acomodados, su infancia y juventud transcurren en la creciente ciudad maña. Zaragoza era ya entonces una industriosa capital de provincias en proceso de expansión que si, en 1920, contaba con algo más de 140.000 almas, terminaba la década en 1930 con una población cercana a los 175.000 habitantes. El padre, Inocencio Jiménez Vicente (1871-1941), fue catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Zaragoza, ciudad en la que desempeñó también importantes responsabilidades de dirección del antiguo Instituto de Previsión Social. En este sentido, su sensibilidad y honda preocupación social le llevó a realizar estancias en Francia y Bélgica, entre otros países, entrando en contacto con círculos del catolicismo social europeo y participando activamente en congresos y sindicatos de esa misma orientación. Fue, asimismo, fundador y director del diario zaragozano *El Noticiero*, y colaboró asiduamente con la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), que, bajo la dirección de Santiago Ramón y Cajal, desempeñaría un trascendental papel en impulsar internacionalmente el avance científico en nuestro país. Hijo a su vez de Inocencio Jiménez Millán, alpargatero de profesión, contrajo matrimonio con Juana Salas (1875?-1976), que llegaría a ser presidenta de la Confederación de Mujeres Católicas de España.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 –reflexionando sobre España, George Orwell le diría en cierta ocasión a Arthur Koestler: "la historia se paró en 1936"–, sorprende a la familia Jiménez Salas en Madrid, adonde José Antonio había venido para seguir estudios de ingeniería en la Escuela de Caminos en 1935. Los turbulentos años que siguieron, enmarcados dentro de la más general pugna ideológica que enfrentaba a los dos grandes totalitarismos del siglo XX, trastornarían para siempre la vida y suerte de millones de españoles. Muchos de éstos se vieron así confrontados con trágicos dilemas y, por tanto, forzados a tomar críticas decisiones en circunstancias tremendamente complejas. La familia Jiménez Salas no fue una excepción. Los avatares de la guerra habían llevado al padre a la Universidad de Valencia, que procedió a su jubilación forzosa al declararse no adepto a la causa republicana. A continuación, de Valencia se trasladó a Barcelona, pasando finalmente a la zona franquista a partir de 1938. El mismo José Antonio se vería también afectado por el curso de los acontecimientos cuando fue movilizado y enviado con las fuerzas rebeldes, en el rango de alférez provisional, al frente de Aragón donde, como se recordará, se libraron algunos de los más encarnizados combates de toda la guerra.

Pocos años después de finalizar la guerra, Jiménez Salas concluye la carrera en 1942 con el número dos de su promoción y sigue a partir de este último año, gracias a una beca, cursos de postgrado en Múnich (Alemania), en donde es testigo presencial del efecto devastador causado por los bombardeos aliados – algo que pudo también comprobar en Berlín, Dresde,

Dantzig, Darmstadt, Hanover, Hamburgo y Karlsruhe. Este grado discernible de destrucción formaba parte, por lo demás, de lo que representó en síntesis la Segunda Guerra Mundial: una guerra total fruto de una crisis de civilización, que fue con mucho, según la descripción del historiador Juan Pablo Fusi, "la más amplia, intensa y destructiva de todas las guerras conocidas hasta entonces". Prácticamente cualquier aspecto relativo a esta conflagración reviste, todavía hoy, dimensiones auténticamente colosales.

Tras su paso por Alemania Jiménez Salas marcha a Viena (Austria), ciudad en la que recoge la semilla dejada por Karl Terzaghi (1883-1963), que había constituido una reconocida escuela de discípulos a la que acudían ávidos estudiantes que, venidos de todas partes, supieron reconocer la genialidad de Terzaghi. Jiménez Salas sentía una gran admiración por Terzaghi, con cuya obra estaba familiarizado gracias, sobre todo, a la previa labor de introducción que había hecho José Entrecanales desde sus primeras clases en 1929.

Años antes, en 1925, Terzaghi había publicado *Erdbaumechanik*, en donde da a conocer por primera vez, presentando un *corpus* teórico consistente, una nueva ciencia llamada *Mecánica del Suelo*. De 1925 a 1929, Terzaghi trabajó en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, iniciando el primer programa sobre mecánica de suelos. En 1929 aceptó un nuevo puesto en la Universidad Técnica de Viena como titular responsable de Mecánica del Suelo. En 1938, tras la anexión de Austria por parte de Alemania, Terzaghi emigró definitivamente a Estados Unidos, pasando a la Universidad de Harvard para impartir un curso sobre geología aplicada a la ingeniería. De 1946 a 1956 permanecería en esta universidad como profesor de ingeniería civil.

Otra figura importante, muy estrechamente ligada a Terzaghi y que sería otro de los grandes referentes intelectuales de Jiménez Salas, fue Arthur Casagrande (1902-1981), también afincado en Estados Unidos y uno de los grandes impulsores del estudio de la mecánica de suelos además de una autoridad en el diseño de presas. Por su importancia, correspondió a la iniciativa de Casagrande organizar, en 1936, el I Congreso Internacional de Mecánica de Suelos e Ingeniería de Cimentaciones, celebrado en Harvard y que permitió, con la participación de veintidós países, fundar la Sociedad Internacional de Mecánica de Suelos e Ingeniería de Cimentaciones.

Habiendo sido estas dos últimas figuras, junto a la de José Entrecanales, centrales en su formación intelectual, no por ello dejó Jiménez Salas de reconocer la contribución esencial de los *Padres Fundadores*, a quienes se debe realmente la base de conocimiento de lo que luego se denominaría *Mecánica del Suelo*. Tal y como recuerda el propio Jiménez Salas en la primera parte de su serie "Notas sobre Mecánica del Suelo", publicada en *Revista de Obras Públicas* a lo largo de la segunda mitad de 1945,

*Hubo, por lo tanto, hombres que investigaron estos problemas: Coulomb (1773), Poncelet (1840), Rankine (1856), Culmann (1866), Considère (1870), Mohr (1871), Levy (1873), Boussinesq (1876) y muchos otros, construyeron con sus investigaciones una Mecánica del Suelo, aunque no la llamaran así. Los que les siguieron se*

*dedicaron a vivir de lo que aquellos ilustres hombres de ciencia les legaron, y las aportaciones posteriores son esporádicas.*

A su vuelta a España en 1945, tras la finalización de la II Guerra Mundial, Jiménez Salas ingresa al servicio del Estado, siendo destinado a la Alta Comisaría de España en Marruecos. En aquel año pasa a la Confederación Hidrográfica del Pirineo Oriental y, en comisión de servicio, al Laboratorio de Escuela de Caminos de Madrid, que más tarde se convertiría en el Laboratorio del Transporte y Mecánica del Suelo, dependiente del Ministerio de Obras Públicas. En 1945, también, se incorpora a la empresa de Entrecanales, en donde permanecería el resto de su vida profesional.

Es a partir de ahora, sin embargo, cuando la trayectoria profesional de Jiménez Salas empieza a ofrecer al observador una clara divisoria. Sobresale así una primera etapa de rigurosa formación académica, en España y el extranjero, cuando disfruta de la oportunidad de estudiar con algunos de los mejores en la ciencia de Geotecnia y Mecánica de Suelos. Los conocimientos adquiridos en éstas, que fueron introducidas en nuestro país por su mentor y maestro José Entrecanales, le sirvieron a su vez de base a Jiménez Salas para seguir potenciando los estudios de la Mecánica del Suelo como nueva disciplina científica. Ya entonces, como ha quedado apuntado, las ciencias derivadas de la mecánica y la elasticidad habían avanzado notablemente, sobre todo a partir de la publicación de los pioneros trabajos de Terzaghi. El ímpetu con que irrumpió esta nueva ciencia abrió, sin duda, un nuevo campo a los ingenieros civiles, entre los que destacaría Jiménez Salas tanto cronológicamente como en su calidad de profesor.

Y, a continuación, un segundo gran período no menos destacable que se abre a partir de la década de los sesenta.

## 2. Años sesenta: una década transformadora

Ésta fue, sin duda alguna, una década decisiva en la que iban a acontecer cambios de largo alcance desde cualquier punto de vista. Y éste es, no casualmente, el contexto temporal en el que incardinar el punto de inflexión que marca el inicio de la segunda gran etapa en la vida profesional de Jiménez Salas. Dos hechos interrelacionados y paralelos en el tiempo sustentan este análisis.

En primer lugar, por haber ganado por oposición la cátedra universitaria, celebrada en 1960, desde donde desplegaría sus amplios conocimientos sin dejar de crear, al mismo tiempo, toda una escuela de discípulos, muchos de quienes llegarían a ser también reputados profesionales: Santiago Uriel Romero (1930), Alcibiades Serrano González (1935), José Luis de Justo Alpañés (1939), Ángel Uriel Ortiz (1940-1996), Luis de Cañizo Perate (1942), José María Rodríguez Ortiz (1942), Antonio Soriano Peña (1945) o Carlos Oteo Mazo (1947). Otros igualmente reconocidos discípulos de Jiménez Salas terminarían ocupando cátedras de Geotecnia en distintas escuelas.

Y, en segundo lugar, por verse impulsado gracias a la favorable coyuntura de acelerado crecimiento económico que caracterizó esta década, también llamada

“la edad de oro del capitalismo español”. Y, al calor de este vertiginoso ciclo expansivo, por estrechar la vinculación profesional que mantenía con esa personalidad arrolladora y carismática a la que Jiménez Salas se refería sencillamente como “don José”, y por la que sintió siempre el más profundo respeto y la más admirativa lealtad. Se trata, en efecto, de José Entrecanales Ibarra (1899-1990), a quien Jiménez Salas, según confesión propia, debía su dedicación a la Ingeniería Geotécnica. Porque además de ingeniero y empresario, José Entrecanales fue también profesor universitario: entre 1929 y 1931 como profesor auxiliar en la cátedra de Puertos, y desde entonces y hasta 1957, como catedrático de Cimientos y Puentes de Fábrica. Terminaría por solicitar, en este último año, una excedencia voluntaria y dejar la cátedra –que fue subdividida en Puentes y Obras de Fábrica (Carlos Fernández Casado), y Geotecnia y Cimientos (José A. Jiménez Salas)-, de la que era titular en la Escuela de Caminos, para convertirse en un influyente hombre de negocios a través de la empresa constructora Entrecanales y Távora, S. A., constituida en 1931.

En todas sus facetas profesionales José Entrecanales fue, pues, una figura excepcional; una personalidad que contribuyó como pocas a la reconstrucción de España tras la Guerra Civil, y así en su doble condición de empresario y profesor-ingeniero.

Por tanto, resulta difícil explicar la trayectoria profesional de Jiménez Salas sin tener en cuenta, al mismo tiempo, el papel preponderante que en la misma vendría a desempeñar Entrecanales. Como, de igual manera, no podría entenderse la relevancia de este último sin situarlo en el contexto social más general de la época. Desde finales los cincuenta con la puesta en marcha del Plan de Estabilización (1959), y más rápidamente desde principios de los sesenta con los Planes de Desarrollo, se abrió literalmente todo un mundo de oportunidades para aquellos hombres que, como Entrecanales, supieran aprovecharlas. Lo cual era lógico tras la catastrófica política económica –autárquica e intervencionista- mantenida por las autoridades franquistas desde que finalizó la Guerra Civil.

De hecho, la estabilización y liberalización impuesta por el Plan de Estabilización supuso toda una rectificación de todo lo que el régimen había venido haciendo desde 1939. Diseñado por jóvenes tecnócratas al servicio del Banco de España, procedentes del *Opus Dei* y respaldados por Carrero Blanco, el Plan representó para España lo que el Plan Marshall para Europa occidental tras la II Guerra Mundial. Se sentaron, de esta manera, los pilares de los trascendentales cambios estructurales que iba a experimentar el país a partir de entonces. Los subsiguientes años de exponencial desarrollo (1960-1973), con una tasa de crecimiento medio del 6 por ciento, hicieron de España un país más moderno en términos socio-económicos y culturales, avanzando una serie de transiciones que, tras la muerte de Franco, cristalizarían en la transición política a la democracia. En estas transformaciones reside sin duda alguna, según ha subrayado el profesor García Delgado, “una de las claves de la buena estrella de la transición a la democracia en los años posteriores a la muerte de Franco”.

El llamado “milagro económico español”, que debía mucho al contexto internacional, no estuvo exento sin

embargo de fuertes claroscuros: acusados desequilibrios regionales, masivo éxodo rural, un sector público ineficiente que se correspondía con un Estado de bienestar inexistente, un incontrolado desarrollo urbanístico, focos de conflictividad social, falta de servicios para una creciente población en las nuevas zonas industriales, etcétera.

En conjunto, la España resultante de estos años fue un país que vivía entre la tradición y la modernidad. Hay todavía una España profunda y atrasada, de hambruna y pobreza, que va desapareciendo. Y otra emergente, más moderna y dinámica, que coexiste con la anterior pero sin terminar de desplazarla. Esa tensión entre tradición y modernidad está muy presente tanto en el cine de Carlos Saura, en *La caza* (1965) por ejemplo, como en el de Luis Buñuel en *Viridiana* (1961) o en el de Luis García Berlanga en *El verdugo* (1964).

Éste es, pues, el país en donde se encuadró el *boom* de la construcción. Porque el franquismo era, en expresión de uno de sus apologistas, Gonzalo Fernández de la Mora, que sustituyó a Silva Muñoz en Obras Públicas en 1970, un “Estado de obras”. Un “Estado de obras” del que, como quedó dicho, supieron sacar partido todo un elenco de empresarios entre los que sobresalieron figuras como José Entrecanales, José Banús o Rafael del Pino. Una prosopografía de éstos nos permite ver que eran ingenieros de caminos muy atentos a la calidad técnica de sus obras; que estaban muy bien conectados con el poder político para poder participar en las grandes obras de infraestructura pública; que trabajaron también para el sector privado; y que internacionalizaron sus empresas con proyectos en el extranjero, lo que no era común entonces, aunque en el caso de Entrecanales y Távora los primeros contratos fuera de España –Portugal, Marruecos, Guinea Ecuatorial- datan de 1948.

Para lo que aquí interesa cabría remarcar que, con la etapa histórica que se abre con los años 60, Entrecanales y Távora siguió destacando en el desarrollo del país construyendo vías de comunicación, presas y centrales hidroeléctricas, térmicas y nucleares. Se daban así, por otra parte, continuidad y pujanza a una intensa actividad empresarial que venía consolidándose desde tiempo atrás.

Por lo demás, lo que más singularizó el caso de Entrecanales, y otros pocos, fue ciertamente su visión de futuro y reconocida habilidad para, en las siguientes décadas, ir adaptándose a los tiempos diversificando las actividades de la compañía al hilo del cambiante contexto nacional e internacional. A lo largo de todo este tiempo la colaboración de Jiménez Salas, en calidad de asesor, con los múltiples proyectos que emprendió Entrecanales fue constante. Su enorme actividad, sin embargo, estuvo lejos de circunscribirse únicamente a esta asidua relación.

La dilatada carrera profesional de Jiménez Salas abarca, también, una no menos importante dimensión oficial como servidor público, cuya carrera en su doble condición de académico y profesional técnico al servicio de la Administración venía siendo notable desde años atrás. En 1964 sucede a José Luis Escario (1895-1971), en la dirección del ya mencionado Laboratorio del Transporte, desde donde desarrolla una sobresaliente actividad impulsando, entre otras cosas, la Sociedad Española de Mecánica del Suelo, que presidió entre 1971 y 1990. El Laboratorio del Transporte se subdividiría posteriormente

dando lugar al Centro de Estudios de Carreteras y al actual Laboratorio de Geotecnia, dependiente del Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX), que dirigió también Jiménez Salas, aunque brevemente, entre 1978/79. En estas posiciones directivas Jiménez Salas tuvo siempre la habilidad de poder delegar tareas administrativas para centrarse en lo que realmente le apasionaba: el trabajo de laboratorio y los estudios de campo y, desde luego, la consiguiente aplicación práctica que, hecha sobre el terreno, no perseguía sino poner a prueba la pericia técnica del ingeniero enfrentándolo a problemas reales.

Descargado así de las servidumbres que impone la burocracia, Jiménez Salas pudo llevar a cabo una labor metódica, racional y, sin embargo, extraordinaria. Todo ello permitiría a Jiménez Salas establecer y transmitir una sistemática y empírica metodología de trabajo que exigía del ingeniero dos condiciones esenciales: una sólida formación básica por una parte y, por otra, un continuo esfuerzo de observación de la Naturaleza. Simultáneamente, Jiménez Salas iría completando una brillante carrera académica como profesor de la Escuela de Caminos de Madrid y miembro de la Real Academia de Ciencias de España.

### 3. Vocación y obra

Como en el caso de tantos profesionales brillantes, la vida y obra de Jiménez Salas son una misma cosa y, en consecuencia, toda su producción intelectual y material vino determinada por su firme carácter vocacional y las circunstancias históricas que vivió. El resultado final es una obra informada, en todas sus formas, por una continua búsqueda del rigor y la excelencia técnica.

Desde el punto de vista epistemológico, y sin desdeñar las explicaciones que tienen su origen en cosmovisiones sobrenaturales, Jiménez Salas desarrolla su propia visión de la ciencia, que queda sustanciada en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, "Aportaciones científicas españolas a la Geotecnia" (1982), donde desarrolla el concepto de *polimerización*. Con este término Jiménez Salas alude a todo un incesante proceso multidisciplinar de carácter convergente que, en momentos puntuales, eclosiona felizmente para facilitar, en sus propias palabras, una *hipersolución* a un problema técnico dado. Su teoría, como se ve, descansa continuamente sobre la idea de síntesis, entendida en un sentido lato, como forma de aproximación a la realidad. En esta concepción se deja notar, por otra parte, la impronta del pensamiento y magisterio ejercido por José Entrecanales en sus clases, ya que, como el mismo Jiménez Salas no dejó de recordar en la emotiva nota necrológica que escribió con motivo del fallecimiento de aquél,

*En sus intensas clases, en las que no podía percibirse ni el más pequeño poso de convencionalismo o rutina, explicaba las teorías más recientes, y también describía ejemplos de aplicación que despertaban el interés del alumno. Pero lo que quizá era más importante es que presentaba antes los asistentes la obra de ingeniería como una creación, síntesis de diversas actividades, que*

*deben conducir a la realización de una idea sobre algo que ha de rendir un servicio. La concepción de esta idea, englobando todas las fases necesarias para materializarla, es la tarea fundamental del Ingeniero.*

La producción estrictamente intelectual, amplia y sustantiva, comprende un buen número de artículos científicos, capítulos de libros y textos de referencia. Entre estos últimos habría que destacar dos obras fundamentales: *La Mecánica del Suelo y sus aplicaciones* (1951), una obra seminal con la introdujo esta disciplina en España; y *Geotecnia y Cimientos*, que condensa la experiencia de Jiménez Salas y se reparte en tres volúmenes: el primero (1971), trata de las propiedades de suelos y rocas, siendo coautor José Luis de Justo; el segundo (1976), que firma también Alcibíades Serrano, se concentra en la Mecánica del Suelo y de las Rocas; y el tercero (1980), de 2.115 páginas y con la colaboración de dieciocho autores, versa sobre cuestiones de orden práctico relacionadas con la Geotecnia.

Habría que añadir además su activa participación en numerosos congresos nacionales e internacionales. A este respecto, nunca dejó Jiménez Salas de insistir en la importancia de asistir a congresos y conferencias. Con la presentación de ponencias y comunicaciones, tales eventos pasaban a ser insustituibles foros para intercambiar ideas y ver en qué direcciones se movían las nuevas tendencias en el estudio y desarrollo de la Geotecnia.

Este intenso quehacer quedó, lógicamente, plasmado en un ingente número de realizaciones materiales. En conjunto, toda su obra avala una bien ganada fama profesional, destacando en este sentido sus aportaciones al estudio del comportamiento real de materiales térricos y rocosos, al cálculo de pilotes, al estudio de arcillas expansivas y suelos colapsables, al diseño de presas de materiales sueltos e instrumentación en obras reales, así como su participación en estudios geotécnicos de líneas de Metro y de cimentaciones de numerosas centrales nucleares y obras portuarias.

### 4. Persona, anécdota y fortuna

En lo personal Jiménez Salas fue, según testimonios directos, una persona de gran naturalidad y cortesía. Agradable y cordial a un tiempo, poseía también Jiménez Salas esa rara virtud que es la corrección en las formas manifestada con cercanía y espontaneidad, lejos de cualquier tipo de afectación o pedantería. Una personalidad pausada, irónica y discreta, más bien tímida aunque, eso sí, sabedora de su propia valía. Carácter forjado en la templanza y naturalmente inclinado a la moderación, Jiménez Salas sabía mostrar también, llegado el caso, una remarcable capacidad resolutive, lo que posiblemente tenga que ver con su asiduo desempeño profesional como ingeniero.

La conocida afabilidad en el trato de Jiménez Salas no era óbice, sin embargo, para ser un profesor exigente con sus alumnos, en cuyo recuerdo permanece como un profesor querido gracias a su calidad humana y solvente magisterio. Intelectualmente abierto y adepto de las nuevas tecnologías, Jiménez Salas supo asimismo estimular, como científico y profesor-ingeniero, la carrera y

libertad intelectual de sus discípulos y colaboradores. Su más notoria cualidad, con todo, consistió en ejercer, sin aspavientos, una inquebrantable independencia de criterio gracias a la cual se ganó el respeto de discípulos y colegas de profesión.

Entre sus aficiones destaca la música clásica y, más en particular, la ópera. De hecho, pudo disfrutar como abonado de un palco en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Otra pasión quizás menos conocida de Jiménez Salas fue la poesía, lo que revela una preocupación estética por expresar las emociones más íntimas de la manera más bella posible.

Asimismo, y por motivos de trabajo, Jiménez Salas fue un infatigable viajero. Sus innumerables viajes por todo el mundo, propios por lo demás en un ingeniero de su nivel y proyección internacional, eran habitualmente motivo de entretenida conversación en el hogar; y también de contento y algazara para toda la familia porque Jiménez Salas, invariablemente, nunca dejaba de traer pequeños regalos: juguetes, ropa vaquera y pequeños electrodomésticos de cocina que, todavía entonces, constituían una novedad en España.

A nivel más anecdótico, dando esa imprescindible pincelada impresionista que pueda definir un carácter como el de Jiménez Salas, cabría relatar un hecho comprobado, que no es otro que cuando viajaba con su esposa lo hacían en aviones separados, como es costumbre en viajes reales, para asegurar así la continuidad y el cuidado de los hijos en caso de accidente. Esta misma prudencia familiar, pero en clave distinta, la trasladaba Jiménez Salas con el mismo celo a sus proyectos de trabajo, en los que no dejaba de insistir en hacer las cosas con fundamentos sólidos. Por eso sus opiniones contaban, y contaban mucho, para compañeros y profesionales que, conocedores de su independencia profesional, recababan continuamente su consejo.

Este detalle, que da cuenta de una instintiva cautela tan propia del carácter previsor, nos recuerda a Plutarco cuando en el proemio de sus *Vidas Paralelas* subrayaba que “con frecuencia una acción insignificante, una palabra o una broma dan mejor prueba de carácter de un personaje que el relato de batallas en las que se producen millares de muertos”. Y reclamaba por eso mismo un margen de libertad impresionista para que el biógrafo pudiera ejercer su labor con mayor éxito,

*Pues igual que los pintores tratan de obtener las semejanzas a partir del rostro y la expresión de los ojos, que son los que revelan el carácter, y se desprecupan por completo de las restantes partes del cuerpo, del mismo modo se nos debe conceder que penetremos con preferencia en los signos que muestran el alma y que mediante ellos representemos la vida de cada uno, dejando para otros los sucesos grandiosos y las batallas.*

Hay una expresión española –que da también título a una novela de Pío Baroja ambientada en los años de la última guerra civil-, que sirve precisamente para recalcar el valor de la casualidad y lo fortuito en la vida: *Los caprichos de la suerte*.

Pues bien, los caprichos de la fortuna han querido, para concluir con la tríada *orteguiana* del comienzo, que

el recuerdo oficial de Jiménez Salas quede consagrado en forma de una sencilla y tranquila glorieta en el barrio madrileño de Valdebebas. Calma, sencillez y discreción, además de constancia en el trabajo, son importantes cualidades humanas que en modo alguno han sido desconocidas de los grandes maestros: de aquellos mismos de estos que, con modestia y entusiasmo, supieron absorber y agradecer el magisterio de los mejores; y que, con no menos generosidad, supieron transmitir ese conocimiento, pero aquilatado con la experiencia que solamente puede dar la práctica y competencia profesional. El corolario final sería, parafraseando a Ralph W. Emerson, que los grandes maestros trabajan para la eternidad y, en este sentido, a través de su influencia, los discípulos son la mejor biografía del maestro.

**Metodología:** la realización del presente artículo ha descansado, básicamente, en el análisis crítico de fuentes primarias de carácter relevante (producción intelectual del biografiado, prensa de época, libros de memorias); así como en el contraste de otras fuentes de carácter secundario utilizadas para reconstruir los contextos históricos descritos.

No menos importante, habría que destacar la importancia de la información obtenida gracias a las entrevistas personales llevadas a cabo con personas relacionadas directamente con José A. Jiménez Salas: Enrique Dapena García (01.12.15), Javier Jiménez Sendín (14.12.15), Rodrigo Molina Fernández (04.01.16), Carlos Oteo Mazo (11.01.16), Encina Polo Polo (17.11.15), Manuel Romana Ruiz (21.12.15) y Fernando Sáenz Ridruejo (11.12.15). Así como con Begoña Moreno Castaño, biógrafa de José Entrecanales Ibarra, (16.12.15).

A todas estas personas, sin cuyo desinteresado concurso este artículo no habría sido posible, quisiera trasladar desde estas páginas mi más sincero agradecimiento por su tiempo y amable atención.



Retrato oficial de José Antonio Jiménez Salas (1992), por Juan Moreno Aguado.